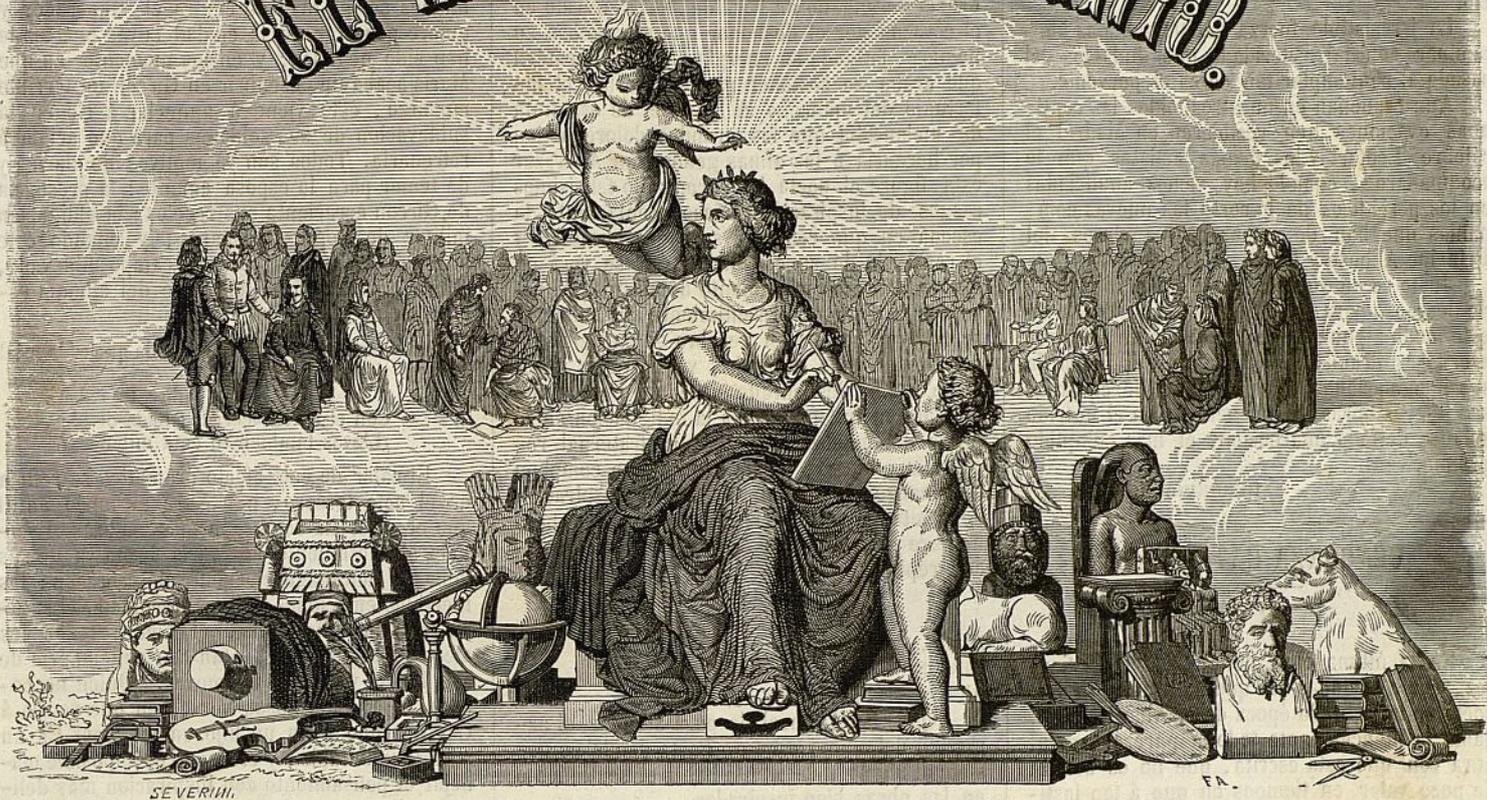


EL MUSEO LITERARIO



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 24 de Abril de 1864.

NÚM. 22.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—Venganza catalana, por D. Peregrin Garcia Cadena.—D. Antonio Gisbert, por D. R. B.—El arte, por D. Angelino Esteller.—El sol y la fuente, (poesía) por D. Rafael Blasco.—Tú, (poesía en valenciano) por D. Jacinto Labaila.—Tú: (Traducción de la misma), por D. Jaime Peyró y Dauder.—El ciego de los valles: Novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz, (continuación).

Láminas. La reina Doña María de Molina presentando á su hijo á las cortes de Valladolid.—Tropa turca: Genízaro.

REVISTA DE LA SEMANA.



os elementos de destrucción parecen infiltrarse en el corazón de los prusianos.

Lo que hace días no pasaba del dominio de las suposiciones, hoy es un hecho consumado.

Los dinamarqueses, en número de 2,000, han caído prisioneros en manos de sus enemigos al tomar estos á Duppel, viéndose obliga-

do el resto del ejército á replegarse en la isla de Alsen.

Las encarnizadas luchas que desgraciadamente existen, ofrecen vasto campo á esta perpétua agitación de pasiones que alimentan al mundo político.

Dios quiera que el eco de esa fatídica palabra *revolucion*, que resuena hoy por todos los ámbitos de la península de Sundewitt y en la isla de Alsen, no llegue á significar desolación y esterminio.

Nada es suficiente á poner un dique al caos que envuelve á algunas naciones.

Desgraciados los pueblos en los que sus sencillos y pacíficos moradores, se ven sacrificados por vandálicos saqueos.

La paz es el idolo de nuestra España y su pueblo se muestra jovial y dichoso á los ojos de las demás naciones.

La felicidad parece esté inoculada en sus moradores.

Sus habituales costumbres no encuentran entorpecimiento alguno.

La irresistible fuerza del tiempo les conduce á gozar de los deleites que recíprocamente se han formado en su imaginación.

Los hombres pensadores que encontraban en las veladas del invierno al calor de unos cuantos leños, un motivo de acrecentar el estudio de sus planes, hoy solo se les ve dispuestos á disfrutar de los apacibles días con que nos brinda la estación.

Las elegantes reuniones, las modestas tertulias, los teatros, todo en fin, toca paulatinamente á su término en el momento en que la vejetación convida á solazarse entre frondosos bosques ó delicados parterres esmaltados de verde alfombra y olorosas flores.

Las familias dan principio á sus preparativos de escursiones veraniegas.

Las niñas consultan detenidamente los úl-

timos figurines que les proporcionan los elegantes periódicos de modas que hoy se publican, ejecutando sin embargo sus caprichosas inspiraciones para que resalten mas y mas sus bellezas.

Ensueños de placer y ventura dominan sus fervientes imaginaciones, viendo cercano el día en que despidiéndose del bullicio de las grandes poblaciones, irán á buscar las serenas playas de nuestra costa, encontrando nuevos placeres en ver las alegres aldeas, las praderas cubiertas de esmeralda, las tremante lonas de los buques, y las blondas espigas de las inmóviles campiñas.

Las pintorescas alquerías de nuestro poético Cabañal empiezan á engalanarse para recibir á las encantadoras hijas del Cid, ávidas de entregarse por completo á la quietud y al reposo para estudiar con mas detención noche y día el libro de su corazón, lleno de las halagüeñas impresiones que han quedado grabadas en él durante los meses del crudo invierno, logrando por este medio hacer completa abstracción de las penalidades de la vida.

El mes de las flores es el prelude de la nueva vida y animación que reinará en nuestro suelo; los paseos, los jardines y los poéticos huertos de fresa, son en dicho mes el tema obligado de las bellas valencianas, sin abandonar por esto el aristocrático coliseo donde lucen una vez mas sus lindos trages.

Y á propósito de nuestro teatro, justo es que no demos al olvido la función que se estrenó la noche del miércoles con motivo del beneficio de la apreciable artista señora Sanchioli, que como siempre, alcanzó la mas justa ovación. La opereta española *Celos, amor y fortuna*, escrita espresamente para la beneficiada, música del Sr. Várvaro, y letra de nuestro querido amigo el Sr. Aparici y Valparda, mereció la mas lisonjera acogida por

parte del público que llenaba completamente las localidades, quien hizo se presentasen en el palco escénico dichos autores para significarles las mas expresivas muestras de aprecio.

La irresistible fuerza del tiempo nos hace caminar con tal celeridad, que dudamos del pasado al contemplar tan cerca el porvenir.

Aun resuenan en nuestros oídos las continuas ovaciones que recibieron en Madrid el célebre Leotart y los demás artistas que le acompañaron, cuando hoy vemos anunciadas en los periódicos de la corte las nuevas compañías que han de actuar en los circos del Príncipe Alfonso y Price.

Justo es en verdad que lleguen los meses de descanso para nuestros actores, dando de este modo alguna tregua al número de nuestros escritores dramáticos, para que el fuego de sus imaginaciones logre revestir de encantos sus nuevas obras, y encuentren en el nutrido aplauso de toda una nación, el mas cumplido premio.

GERÓNIMO FLORES.

VENGANZA CATALANA.

II.

En la última obra del Sr. García Gutierrez, como en todas las que ha producido este poeta en la segunda época de su vida literaria, llama la atención ante todo la pureza y galanura con que está escrita, que no es belleza de poco valor en tiempos en que á tan lastimoso abatimiento ha venido la pobre lengua castellana. Tras de la pompa oriental y el giro esbelto y gallardo que alcanzó entre los escritores del siglo de oro, el gongorismo y la corrupción la amenazaron con el diluvio. Moratin y algunos escritores en los cuales si no brillan los altos destellos del genio, se admira una escuela sana y un refinado gusto literario, labraron el arca pulida y esquisitamente tallada en que se salvó del cataclismo el idioma nacional.

Pero esta época de regeneración duró muy poco, y en pos del diluvio vino la torre de Babel. La influencia de la literatura francesa concurrió esta vez á desnaturalizar la lengua de Cervantes, privándola de sus mas bellos atavíos, y en el estado actual de cosas no son en gran número los escritores españoles que la conocen á fondo y la manejan con pureza y elegancia.

El Sr. García Gutierrez es uno de esos pocos ingenios que no quieren trocar las galas del lenguaje y su flexible contextura por la rígida y desabrida sintaxis con que la monomanía filosófica de nuestros días quiere sustituir aquellas bellezas. *Venganza catalana* es un ejemplo de esta cultura de la forma, de esa locución gallarda y castiza á que tan aficionado se muestra el Sr. García Gutierrez y que tan sabrosa hace la lectura de las obras del Sr. Hartzembusch y otros escritores contemporáneos, últimos y bizarros paladines de la asendereada lengua castellana.

Escusados serán los ejemplos de esta belleza pródigamente repartida en la obra que analizo, si digo que se hallarán en todas sus páginas. Los versos galanos, los giros elegantes, las bellezas de locución, las flores de estilo, son tan comunes en el drama, que no hay que fatigarse en buscarlos ni en ponerlos de manifiesto. Esos adornos constituyen el atavío ordinario con que el Sr. García Gutierrez engalana su pensamiento.

Mayores y mas raras bellezas se admiran en *Venganza catalana*, en donde mal que pese á la imperfección del conjunto, se descubren por todas partes el instinto y las facultades dramáticas del escritor. Los caracteres aunque no llegan siempre á un grado de conveniente desarrollo, aunque algunos de ellos

se debilitan y desfallecen á medida que avanza la acción del drama, están bosquejados unos y concluidos otros con pincel maestro. La figura de Alejo es bellísima hasta el momento en que oye el desengaño de boca de María. Herido en el corazón por el deshonor que pesa sobre su nombre, fatigada su energía en la lucha estéril que acaba de sostener para vengarla, el infortunio del mancebo se reviste de esa tinta de melancolía que los grandes dolores dejan por herencia á las almas generosas. Al trazar esta figura el poeta ha encontrado felicísimos rasgos de inspiración. Léase atentamente la escena en que refiere á su padre el motivo y el resultado de su expedición, y se verá en ella un bellissimo movimiento de afectos. Al recordar el ultraje, el sentimiento del honor se recrudece, la pasión recobra su energía salvaje en el alma de Alejo, y acusa á la miserable que ha deshonrado el hogar; pero la noticia de su muerte apaga la indignación en el pecho del mancebo; la ternura fraternal recobra sus fueros, y este sentimiento complejo de amargura y simpatía halla en la inspiración del poeta un rasgo feliz. Gircon le pregunta el nombre del seductor; Alejo lo ignora, y Gircon replica:

Y es posible
Que ella tambien lo ignorase?

ALEJO. Lo sabia.

GIRCON. ¡Y no lo dijo!

ALEJO. Solo para amar fue frágil.

¡Qué bella pincelada para atenuar el arranque del odio y excusar hasta donde es posible al objeto amado! Así habla el sentimiento en las obras bien inspiradas.

Por desgracia el carácter de Alejo no está sostenido hasta el fin de la obra: llega un momento en que los contornos se deslien, las tintas velan su mágica entonación, y el personaje se pierde en lo vago del fondo. Es como una figura vigorosamente bosquejada en el primer término de un cuadro y sacrificada despues á las conveniencias del asunto. Sin embargo, aun en medio de su atonía, el personaje encuentra alguna vez el vigoroso lenguaje de la pasión, y escitado por su padre contra el seductor de su hermana:—¡Decid su nombre! esclama el mancebo con generoso ardimiento.—¿Y si es grande? le pregunta su padre para explorar su firmeza.—¡Qué me importa!—¿Y si es poderoso y manda?—Alejo responde:

¿Será inmortal? Pues si puede
Morir, con eso me basta.

Y estrechando á Gircon para que le diga el nombre del seductor:—Mañana, le responde su padre.

ALEJO. Es tarde.

GIRCON. ¿No has aguardado
Seis años?

ALEJO. Sin esperanza

Si; pero con ella, son
Las horas mucho mas largas.

El genio dramático del autor encuentra á cada paso rasgos tan felices como los dos que acabo de citar, y siempre que las exigencias de una fábula mal combinada, no falsean la índole de los personajes y el movimiento natural de los afectos, aquellos hablan el lenguaje elocuente de la pasión. María es la figura cuyo carácter ha recibido mayor desarrollo en el drama, aunque en realidad no llega á inspirar gran interés hasta el momento en que descubre el peligro de Roger de Flor. Ningun sentimiento activo, ningun interés determinado la colocan, digámoslo así, en actitud dramática, hasta el fin del acto segundo. Ama sin celos y olvida sin remordimientos. La situación equívoca en que se encuentra en presencia de su antiguo amante no le inspira sino pretextos frívolos ni despierta elementos de lucha en su corazón. El amor será el único afecto que obre en ella con la intensidad de la pasión, y para esto habrá de mediar un móvil poderoso; el peligro del objeto amado. Cuando

llega este momento la figura de María crece y se eleva á las alturas de la tragedia. Roger le ha revelado la causa del odio que le profesaba el jefe de los alanos; el campo de los catalanes se ha armado contra el emperador y quiere penetrar en la ciudad cuyas puertas le han sido negadas; y en los momentos en que María acaba de descubrir en Gircon un terrible enemigo, éste viene á anunciar á Roger la sublevación de sus soldados para que acuda á refrenarla. Todos son ya motivos de alarma y de temor para la esposa amante: la presencia de Gircon acrecienta sus recelos; la obligación militar de Roger la espanta, y cuando éste pide sus armas para correr al campo sublevado, María encontrará el lenguaje del alma al esclamar:

MARIA. ¡Oh! ¡no arriesgues tu vida que es la mia!

ROGER. ¡Hola! ¡mis pages!

MARIA. Cubre tu cabeza
Con el casco acerado; nada olvides.
¿Llevas tambien tu cota milanesea?

El calor de este afecto dramático se refleja en el acto tercero, que es á mi juicio en el que el autor ha sembrado mas bellezas. Escitado el sentimiento en María brota ya de sus labios el lenguaje elocuente del corazón: las inefables emociones de la maternidad, el entusiasmo, la indignación, el amor; todos los afectos que espresa brotan con vehemencia de sus labios y logran conmovér. ¿Quién no conoce ya los hermosos versos en que revela á Catalina que lleva un hijo en su seno? Es un pasaje inimitable, y creo que es imposible manejar el pensamiento con inspiración mas delicada ni con mas belleza de espresion.

La credulidad de la muger amante acepta con gozo las protestas de amistad de Miguel en favor de Roger, y el poeta prepara una escena magnífica que bastaria por sí sola para dar alta idea de sus facultades, si tan probadas no las tuviera. Hablo de la bellissima situación en que Roger, á consecuencia de las pérfidas insinuaciones de Irene, viene á explorar el alma de su esposa. Todo es magnífico en esa escena: verdad y energía en los movimientos de la pasión; belleza en los pensamientos; rasgos felices y oportunos; versificación elegante, flúida y correcta; nada falta al excelente pasaje en que el Sr. García Gutierrez ha rayado en las alturas reservadas á los dramáticos de primer orden.

Seria prolijo transcribir la escena íntegra, haciendo notar en detalle lo mucho que en ella encuentro digno de admiración; pero no resisto al deseo de señalar algunas de sus bellezas mas culminantes. Para indagar el fundamento de sus celos por el grado de amor que descubra en el corazón de su esposa, Roger le insinúa que el emperador conspira contra su vida. María que se halla aun bajo la impresión de las protestas de amistad de su primo, rechaza esta sospecha y se niega á admitir que un príncipe de su raza sea capaz de tan villano intento. ¿No teme? luego no me ama, dice infundadamente Roger; y tenáz en su desconfianza insinúa la idea de buscar la salvación en la fuga.

El deshonor del héroe, del esposo y del hombre amado, repugna á la princesa.— Quien ama desconfía, dice Roger.

MARIA. Mas quien tiene
Con su deber y con tu fama cuenta,
Mirar debe por tí.

ROGER. (Bien dijo Irene.)

MARIA. La fe ennoblece y la malicia afrenta..

ROGER. ¡Dudé! ¡esperé! pero la duda acaba.

—No temas que deberes te reclame.

Mentira es la esperanza que abrigaba.

Verdad lo que juzgué sospecha infame.

MARIA. ¿Qué has pensado de mí?

ROGER. ¿Qué? que me vendes.

MARIA. ¡Santa madre de Dios!

ROGER. Que estaba ciego,

Que en ese corazón doble y profundo,
Nunca arraigó mi amor!

María habla el lenguaje de la inocencia; pero nada logra persuadir á Roger, y la esposa injustamente acusada esclama postrándose de rodillas:

Por ese Dios que mi inocencia mira
Te juro....
ROGER. Mientes y á tu Dios engañas.
MARIA. ¡Por tu amor!... ¡Por mi amor!
ROGER. ¡Era mentira!
MARIA. ¡Por el hijo que llevo en mis entrañas!

Una madre no miente cuando invoca el nombre de su hijo: el grito de gozo de la esposa feliz habla con elocuencia al corazón de Roger y la duda se desvanece. Pero ¿quién pudo sembrar los celos en el alma del esposo? Lo sospecho, dice María.

Una muger inexorable, impía,
La duda y el temor sembró en tu pecho.
Mas ¿por qué me aborrece?
¿Será porque te quiero y soy tu esposa?
¡Mira! ¡mira, Roger! ¡ahora parece
Que soy yo la celosa!

¡Qué verdad en el juego de afectos y qué delicado rasgo el que contienen los dos últimos versos!

Pero en el corazón de la muger enamorada no se siembra en vano el temor de perder al objeto amado. La sospecha de su esposo se apodera del ánimo de María, por una reacción natural del sentimiento. ¿Tiemblas? le pregunta Roger.

MARIA. Ahora
Tu sospecha no mas tengo delante.
ROGER. ¿Sí?
MARIA. Y á medida que el momento avanza,
No sé que dudas....
ROGER. El temor desecha.
MARIA. ¡Ha penetrado en mi alma tu sospecha!
ROGER. Y en la mia tu noble confianza.
¡A Dios!

MARIA. ¿Volverás pronto?
ROGER. ¿Estás llorosa?
MAR.ª Nada hay sin ti que á mi contento cuadre..
Pero ¡ay! ¡qué ofendo á Dios! ¡soy tan dichosa!
Vete y si tardas hallará la esposa
Consuelo en las delicias de la madre.

Con este rasgo de genio pone el colmo el Sr. García Gutierrez á la inspirada escena, cuyos toques mas notables acabo de señalar. Esto se llama escribir para el teatro: esto se llama ponerse á la altura de Racine y de los grandes maestros, en el arte de desarrollar los afectos dramáticos y espararlos con belleza. La obra revela por todas partes el claro ingenio del poeta y su esquisito y depurado gusto literario; pero el pasaje citado pone de manifiesto la altura en que rayan las facultades del escritor y despierta vivamente el deseo de verlas brillar en terreno mas firme y sobre base mas sólida que la que han encontrado en el plan de *Venganza catalana*. Por fortuna el señor García Gutierrez no pertenece al número de los escritores españoles que abandonan el cultivo de las letras robando á la sagrada pira la llama moribunda en que agoniza el genio de Calderon. El Sr. García Gutierrez no ha colgado la pluma, cediendo el campo á la corrupción del gusto y al arrojido de la medianía, y los amantes de las letras deben desear que perseveren en su propósito, para gloria del parnaso contemporáneo.

La figura de Roger, aunque falta, como ya dije, de proporciones, está tocada con vigor. Se ve siempre la impetuosa energía del audáz aventurero en lucha con la prudencia que le impone su nueva condicion. El poeta pone en sus lábios magníficos versos, y los diálogos en que toman parte este personaje y Berenguer de Roudor, están sembrados de pinceladas energicas, y escritos de un modo admirable. Está llena de vehemencia, de energía y de fuego dramático la escena del segundo acto en que apurada la paciencia de Roger con ocasion del insulto hecho á María por los soldados de Giron, rompe la valla de la prudencia y recuerda al caudillo de los

alanos la cobardía de su hueste y el valor de los españoles, á quienes se debe la salvacion del imperio.

Mas rica de númen y mas alta de estilo es aun la narracion en que Roger descubre á María sus amores con Margarita. Si no temiera prolongar demasiado este juicio y acaso repetir lo que ya han copiado otros criticos, insertaria íntegra esta escena que puede servir de modelo de fuego dramático y de vigorosa entonacion.

En resumen: la obra del Sr. García Gutierrez, á pesar de su contextura defectuosa, encierra bellezas que por sí solas bastan á enaltecerla. Si en la disposicion de la fábula y en la pintura de los caracteres el escritor no ha conseguido aquel grado de armonía, aquel desarrollo vigoroso que constituyen la perfeccion en los poemas de este género, en cambio ha sembrado con mano pródiga su genio en todas las páginas de su obra, recordando el camino, poco frecuentado ya, por donde debe ir el drama heroico. Falta y no poca hace en nuestros dias el ejemplo de escritores como el Sr. García Gutierrez, si el teatro español ha de sostener sus gloriosas tradiciones. Las nociones de lo bello se perverten de tal manera, que el público, acostumbrado ya á los relumbrones del oropel, no conoce á primera vista el oro puro. El drama se escribe hoy para causar una impresion momentánea en el auditorio, y todo se sacrifica al afán de colocar de trecho en trecho en el poema eso que han dado en llamar situaciones de efecto. No se le pide ya al númen la elocuencia del sentimiento, la verdad de la pasion, el contraste filosófico de los afectos: se le piden peripecias que suspendan el ánimo, complicaciones de bulto que hieran la imaginacion del espectador.

Se escribe de intento una obra para colocar en ella premeditadas situaciones de afecto; se hacen dramas en un lenguaje llamado *fabla*, compuesto de giros y palabras mas ó menos anticuadas; se plaga el parnaso español de versos campanudos; se apela á los grandes recursos de la escenografía; todo para alcanzar un éxito de curiosidad y sorprender el ánimo impresionable del público por espacio de algunas noches. Así andan tan extraviadas las nociones de lo bueno en bella literatura y sobre todo en la dramática; así se ve, no digo al vulgo, sino hasta á esa parte del público que posee cierto grado de ilustracion, escuchar impasible y fria las bellezas de un órden superior.

El autor de *Guzman el Bueno* y de *Carlos II* ha pasado á la posteridad; Zorrilla ha ido á esconder en remotos climas su genio malogrado; los Hartzenbusch y los Vega no cultivan el drama con bastante asiduidad para que su ejemplo pueda ejercer una saludable influencia. El Sr. García Gutierrez es, si no el único, uno de los pocos escritores que pueden contrarrestar la corrupcion del gusto en ese género de literatura y conservar las gloriosas tradiciones de la dramática española.

PEREGRIN GARCIA CADENA.

D. ANTONIO GISBERT.

El eminente pintor español D. Antonio Gisbert, nació en Alcoy, provincia de Alicante, el 19 de Diciembre de 1834. Estudió la pintura en la Academia de bellas artes de Madrid, y á la temprana edad de veinte años obtuvo por oposicion la plaza de pensionado en Roma. En la Exposicion de Madrid de 1858 alcanzó una medalla de primera clase por su cuadro de *La muerte del príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II*, que compró S. M. la Reina, y por el de *Los Comuneros* mereció una primera medalla en 1860. El cuadro de *Doña Maria de Molina*, cuya copia publi-

camos en este número, pintado por encargo del Congreso para adornar el salon de sesiones, le ha valido la cruz de la órden de Isabel la Católica.

Gisbert puede decirse que es el jefe de la brillante pléyada de jóvenes que con sus trabajos levantan poco á poco á nuestra nacion del abatimiento artístico en que se encontraba. Su nombre ha salvado los Pirineos, y en Francia son conocidas y estimadas sus obras en todo lo que valen, á pesar de que no han sido presentadas en las Esposiciones de París; el cuadro de *Los Comuneros* llamó la atencion en la Exposicion universal de Lóndres, donde tan brillante lugar ocupó la pintura española á pesar del escaso número de obras que se presentó, y el de *Doña Maria de Molina* ha sido aplaudido y admirado en la Exposicion de Bruselas.

Para que nuestros lectores conozcan el juicio formado de Gisbert en el extranjero, vamos á transcribir algunos párrafos de un artículo que ha publicado el periódico titulado *Les beaux-arts*:

«Aunque muy jóven todavía, dice, Don Antonio Gisbert llama la atencion de Madrid, y es el pintor favorito de una nacion donde es acogido con entusiasmo el renacimiento de las artes. Su cuadro de *Los Comuneros* causó en 1860 la general admiracion: el jurado le concedió un primer premio, pero la opinion pública deseaba la medalla de honor, y el descontento se hizo general. Desde el grande de España hasta el último ciudadano, todos le manifestaron su admiracion; se abrió una suscripcion para regalarle una corona de oro, el gobierno le concedió una pension y el Congreso compró el cuadro.

Este es en efecto una obra maestra, interesante en sumo grado, y que Gisbert tocó atrevidamente y con notable fuerza de inspiracion. *Los Comuneros*, guiados por sus jefes Bravo, Padilla y Maldonado, se coaligaron contra Carlos I con el objeto de reconquistar las libertades de Castilla; pero derrotados por las tropas del Emperador sufrieron la pena capital en Villalar, delante de un numeroso pueblo. Gisbert nos hace ver el suplicio de las victimas. El cadalso se levanta delante de nosotros; un verdugo, empuñando un hacha, presenta á la multitud la cabeza de Bravo, que sostiene con la mano izquierda, mientras que su ayudante desata el cadáver. En pié, cerca de su amigo decapitado, se ve á Padilla sombrío, pero sereno; un fraile colocado á su derecha le exhorta á bien morir, á su izquierda otro fraile mas jóven le contempla con dolorosa actitud. Maldonado sube con paso firme la escalera del patíbulo acompañado de un religioso que le presenta un Crucifijo. No hemos visto el original; pero una copia del cuadro nos ha bastado para comprender lo horrible de la escena y la valentía del lápiz que la ha dibujado.

El compañero de este cuadro es el de *Doña Maria de Molina, presentando á su hijo á las Cortes de Valladolid*. D. Antonio Gisbert lo ha pintado en Francia y hemos gozado del privilegio de verlo apenas terminado. La reina y su hijo se hallan rodeados de una multitud de hombres de todas edades y condiciones, que el artista ha colocado en posiciones diferentes, dándoles fisonomías distintas y pronunciadas, segun el papel que desempeñan en tan solemne acto. Detrás de la reina se ven prelados vestidos de gran ceremonia y en actitud impasible; sentados en primera linea frailes y dignatarios fijan sobre su soberana una mirada escrutadora y profunda; en el fondo guerreros, plebeyos, religiosos de semblantes varoniles y hasta feroces, dan gritos de alegría y manifiestan su entusiasmo agitando las espadas ó levantando los brazos al cielo; á la derecha hablan dos personajes y el pintor, que se ha retratado entre la multitud coloca sobre el corazón la mano derecha, como



LA REINA D.^a MARIA DE MOLINA

PRESENTANDO SU HIJO A LAS CORTES DE VALLADOLID.

(De una fotografía)

Ayuntamiento de Madrid

en muestra de fidelidad. El cuadro nos recuerda el estilo de los antiguos maestros, y en muchos rasgos la valentía que caracterizaba el pincel de Herrera.

El desembarco de los puritanos en América es también un cuadro de historia que lleva impresas las mismas cualidades de vigor é independencia de imaginación; D. Antonio Gisbert lo pinta en la actualidad para el americano Sr. Aldama, que debe llevarlo al nuevo mundo. Mucho sentimos que la obra no se halle más adelantada, para que pueda figurar en la próxima Exposición, porque esta hubiera sido una buena ocasión para que el público francés conociera al maestro. El mar se estiende á la derecha, á la izquierda se elevan unas rocas y en el centro se ven los puritanos que dan gracias á Dios por su feliz viaje. El ministro del culto en pie, con los brazos levantados, dirige al cielo su inspirada mirada; á su alrededor los puritanos caen de rodillas: un viejo tendido en tierra oculta su cabeza en la arena; las mugeres, cuyas fisonomías conservan la marca de la fatiga y del recogimiento, unen sus plegarias á las del ministro; los hombres, de semblantes rudos y formas nerviosas, manifiestan el carácter de su rígida fe en su actitud marcial y austeras fisonomías. Con la especialidad de su talento, D. Antonio Gisbert alcanza en sus tipos tanto mejor éxito, cuanto más caracterizados son; por esto interpreta con igual buen resultado todos los sentimientos enérgicos y varoniles. Su pincel tiene un vigor que alguna vez degenera en rudeza; pero los trazos de su lápiz tienen tal seguridad, su colorido tal consistencia y tal franqueza su manera, que le dan todas las aptitudes que se requieren para ser un pintor de historia. Comprendemos el entusiasmo con que son saludados sus trabajos en España; ¿por qué Gisbert no se deja conocer más en su patria adoptiva?

Aunque en sus principios, no ha sido infeluz su carrera; *Rebeca y Eliezer*, su primer cuadro, fue comprado por S. M. la Reina Doña Isabel II; después pintó la *Resurrección de Lázaro*, y un Fauno y una Venus que pertenecen á la Academia de Madrid; doce cuadros pequeños de género, propiedad del banquero español Sr. Wagon, y siete cuadros de la Pasión de Jesús, remitidos á Chile.

Hasta aquí el periódico francés, que nos hemos complacido en copiar, porque nuestros elogios podrían parecer interesados, y porque las alabanzas á nuestros artistas no se prodigan en el extranjero.

La pintura española cuenta ya entre sus más preclaros hijos al Sr. Gisbert, y nosotros nos complacemos en ver que al frente del renacimiento de esta bella arte en España, figura con justicia el nombre de un valenciano.

R. B.

EL ARTE.

II.

El arte se dibuja ya en la infancia de la sociedad, nace al par que el hombre cuyo primer sentimiento brota á la vista de las producciones gigantescas de una naturaleza primitiva que le ha llenado de asombro, causándole tan grande impresión que lo que siente es traducido por la representación de ciertos objetos sensibles que toman el título de símbolo, extraño fenómeno que encadena el espíritu á la materia, que mata al mundo moral para levantar sobre él el físico que se alza gigante con sus monumentos de piedra. El arte principia copiando toda aquella naturaleza rica y exuberante que le prestaba su ropaje; era de imitación. Así conservó sus tradiciones y perpetuó sus recuerdos el hombre que pudo esculpir su palabra que ha llegado hasta nuestro

corazon, que encontrando en su fondo la mirada de aquellos siglos, ha ansiado conocer esa epopeya que principia sencilla como sus creencias, y continúa grave é imponente como nuestro genio. Progresó después, y el mundo moral sacudiendo las inmensas moles que sobre él pesaban, encargó á la inteligencia que juntara piedras que fueron letras, y letras que después se convirtieron en geográficos sobre los que se alzaba una idea bella y pura como esas vírgenes que flotan en el cielo de nuestra ilusión.

El Oriente meció la cuna del arte: la magestuosidad imponente de sus sagrados plátanos le dió esa grandeza que aun hoy conserva en sus ruinas; la idea de que la humanidad no era nada, solo Dios lo era todo, formó su unidad vistiéndole sus teocracias el misticismo que afectó; pero á pesar de esto solo supo labrar montañas, cuerpos disformes, monumentos que no son otra cosa que *fragmentos de roca que no habia tocado el hierro*, como ha dicho el sábio legislador del pueblo hebreo, Moisés.

Y es que el arte era panteísta.

Sistema que vemos aparecer tanto en los pueblos antiguos como en los modernos, que ha tenido diferentes manifestaciones, diversas evoluciones, fantasma que ha bajado con paso lento deslizándose silenciosamente por la escala de los siglos. La escuela vedanta y Kapila en la India, Heraclito y Parmenides en Grecia, más tarde los estoicos y alejandrinos, en la época del cristianismo San Juan; y en los tiempos modernos Malebranche, Spinoza, Fichte, Schelling y Hegel, se desenvuelven pero siempre con tal afinidad que el verso de San Juan es el Brahma de los indios, el logos ó inteligencia de los alejandrinos, *el llegar á ser de Hegel*.

El panteísmo que tiene á lo finito y á lo infinito por idénticos, que absorbe al hombre en Dios como un grano de arena es absorbido por la inmensidad del desierto; en el que todo vive una misma idea, y todo se traduce en un sentimiento, viene á constituir la religión y la creencia de la India en donde admiramos la primera construcción simbólica de los templos búdicos. El arte se delinea aquí en una época de rápidas intuiciones, en la época de los Vedas; pero este arte perdiéndose en la inmensidad, adorando solo á la naturaleza, agobiado por la sombría inmensidad del Parabrama y por su absorbente teocracia solo supo producir una estatua inmóvil. No quiso límites, intentó copiar la naturaleza y engendros monstruosos fueron sus concepciones. *Fue un arte de líneas curvas*. Más tarde la unidad creadora de los Vedas, infinita en todos sentidos, se espiritualiza. Sus labradas montañas las coloca el Egipto sobre macizas columnas, pero rodeándolas de tal misterio, encerrándolas en tal vaguedad, que sus creaciones son hoy mitos, esfinges ante las cuales enmudecemos sin comprender que quiso allí grabar la razón humana. El arte, levantándose á poco de aquellas tumbas, rompió el granito de su sudario, y al batir sus alas en el espacio para subir al cielo, sorprendió á Dios un secreto con el que creó esos gigantes que contemplan asombrados los siglos, gigantes que se apoyan en la moveliza arena pero cuyas cabezas, en donde aun se oye palpar una idea, se pierden entre los arreboles del cielo.

En todas las bellas artes se refleja la manera de ser de estos pueblos. La poesía, grande y titánica como ello, canta ese absorbente panteísmo con sus dioses aun más sombríos, y describe sus templos que son colosales monumentos en la India, y masas imponentes en el Egipto; canta sus batallas, sus héroes, y los campos teñidos de sangre, y el clamoreo de las ambiciones que evocan la lucha, y el rumor de las armas que esgrimen los guerreros, y el eco siempre magestuoso del rugir de sus mares tempestuosos como sus

pasiones. Anidando en su seno aquella grandeza no solo tiene cánticos en loor de Isis y de Apis, sino que evoca las sepultadas tradiciones en el fondo de las pirámides reproduciendo las ideas, las costumbres y los sentimientos de los pueblos cuyos latidos siente, y cuya vida inspira sus sombrías aunque bellas obras.

La arquitectura que descansa en la roca que es su base, como la escritura descansa en el geográfico que es su fundamento, es el libro de aquella edad, la palabra de aquellos siglos, la biblioteca de sus tiempos que guarda la historia de sus vicisitudes escrita con caracteres de piedra y que formó la primitiva educación de sus generaciones sobre las que fue derramando el fuego creador, el sentimiento de lo sublime que es fuente fecunda de progreso, y sávia regeneradora de civilización. Su grandeza marca la grandeza de aquellos pueblos, que obedecen en su desenvolvimiento á la ley del progreso, encerrado por Dios en el corazon humano; y á la idea de la perfectibilidad que despierta el sentimiento de amor hácia lo mejor y más bello, pasando la idea en estos pueblos del geográfico al símbolo, del símbolo á la palabra, y de la palabra al libro.

La pintura apenas se conoció en los albores del arte porque no podía perpetuar la eternidad que estos pueblos intentaron dar á sus creaciones.

Severo y místico es el arte en Oriente, cuyo carácter principal es la uniformidad, distintivo que resplandece en todas las manifestaciones de un pueblo que nace. Allí se levanta la piedra sobre la cumbre de una montaña, se amontonan peñascos gigantes para personificar sus creencias, se adivina el relieve, se esculpe en la piedra la flor de sus poemas, se perfecciona casi la bóveda, y su genio artístico hace surgir la columna que corrigen y modifican con más ó menos valentía, ya con más gusto ó menos belleza, los pueblos que les preceden.

En la India domina la arquitectura troglodita, que es la arquitectura de la naturaleza, el arte que imita, sus pueblos hacen rodar peñascos y los aíslan formando un símbolo: taladran sus montañas, y en sus profundidades levantan altares para el Dios de su creencia y de su esperanza.

El Egipto tiene ya dos arquitecturas, una tangible, levantada sobre tierra y por todos vista: otra espiritual, apenas vista por algunos aunque de todos soñada, personificando en ellas el espíritu sepultado en la forma. Así es que las pirámides bajo sus moles guardan un santuario, alma de aquel gran cuerpo; y sus esfinges, que pueblan aun hoy sus desiertos campos, traducen esta expresión poética. Este pueblo, entre todos los de la antigüedad, fue el que más escribió con caracteres de granito la historia de su gloria y de sus triunfos grandes como sus obeliscos, como sus suntuosos templos, con sus colosales esfinges. Todo fue grande en él, el mito y la forma; la idea y el trabajo.

Tal es el carácter del arte en estos pueblos donde domina el panteísmo; el silencio, la inercia y la eternidad se refleja en todas sus obras; en sus manifestaciones sensibles se traduce la magnitud, y en la mole y en la figura que se apega á ellos el reposo absoluto que hiela en nuestro corazon el sentimiento, y en nuestros lábios la palabra al respirar el aire de los templos de Ipsamboul y de Speos.

ANGELINO ESTELLER.

EL SOL Y LA FUENTE.

El sol se enamoró perdidamente
De una límpida fuente,
Y desde que al nacer de la mañana
Se asomaba risueño por oriente,
Hasta que por la tarde se escondía
Detrás de altivo monte,

El estenso horizonte
Tiñendo de oro y grana,
Sus besos ardorosos dirigia
A la humilde y pacífica fontana.

—;Oh sol! dijo la fuente, yo te amo;
Tus luces, tus destellos, tus fulgores,
Placeres son, sin duda, embriagadores;
Pero en tu ardor me inflamo
Y de tanta pasión al fin herida
Muriendo iré de amores,
Hasta perder la vida
En el prado gentil entre las flores.
Olvida, olvida mis amantes lazos,
Deja que viva oculta entre enramadas,
Que son fuego y me queman tus miradas
Y son fuego y me queman tus abrazos.

Y el sol le respondió: —; Cuán inocente
Es tu dulce cariño!
Si yo tus aguas con mis rayos cño,
Es que te adoro, ¡oh fuente!
¿Por qué no quieres escuchar mi ruego?
¿Por qué tiembles al verme en tu presencia?
—Porque mi vida pierde su sosiego,
Porque tu amor consume mi existencia.

No escuchó el sol los tímidos clamores
Que la sencilla fuente repetía,
Y siguió requiriéndola de amores
Un día y otro día.
Y una mañana en vano enamorado
Su cristal trasparente
Buscó en el verde prado,
Que ya sus aguas no vertió la fuente.
Tanta luz, tanto amor, tanta locura
Daban á la fontana cruda guerra,
Y huyendo de su propia desventura
Se escondió en las entrañas de la tierra.

RAFAEL BLASCO.

TÚ (*).

Si un llibre ahon se llixquera cada història
Poguese ser lo còr,
Publicaria el teu pera ta glòria
En lletres d'òr.

Si el sentiment ocult la melodia
Tinguer de la veu,
Bellini el seu compàs achustaria
Al tò del teu.

Si naixquerem en cuna mereixcudà,
No en cuna casual,
Baix d'un dosell series tú naixcudà;
Ton còr ú val.

Si el òr sòls dels que fan les bònes òbres
Estiguera en les mans,
Tú series riquíssima; los pòbres
Son tons chermans.

Si el candor y modèstia hui reinaren
Ab son setro de flòrs,
Entre les dònes reina et proclamaren
Els tènres còrs.

Si sòls el que ú mereix así gotchara
Sempre sensè desvèl,
El núbol de la pena, ni tacara
Lo teu clar sèl.

Mes l'hòme, corromput per l'avarisia
Del poder y del òr,
El sentiments de l'ànima desquisia,
Matanse el còr.

Per el òr y el poder ell tot ú arrolla,
Ni fa cas de la sanc,
Y ab cult indigne, sego s'achenolla
A un Deu de fanc.

Anchel del còr, pera la tehua pena
Así no hia consòl,
Que ya l'hòme 's posà als ulls una vena,
Ser sego vòl,

(*) Esta poesía valenciana forma parte de un libro inédito que su autor publicará en breve en esta ciudad.

Viure es patir; aixina t'aconòrta,
Qu' al mon á això venim;
Tú vals mes que'll, com val la tèrra d'hòrta
Mes que'l tarquim.

JACINTO LABAILA.

TÚ.

Traducción.

Si fuera el corazón un libro en donde
Pudiese leer el hombre cada historia,
En letras de oro lo que el tuyo esconde
Publicaría yo para tu gloria.

Si el sonido del hondo sentimiento
Tuviese de la voz la melodía,
De tu pecho purísimo al acento
Bellini su compás ajustaría.

Si al nacer concediese la fortuna
A cada cual su merecido sino,
Bajo un dosel meciérase tu cuna:
Digno es tu corazón de ese destino.

Si solo fuera el galardón del oro,
Del que á la caridad abre sus manos,
Poseyeras riquísimo tesoro
Tú que en los pobres ves á tus hermanos.

Si el candor y modestia hoy prodigaran
De su cetro de flores la ventura,
Entre mugeres reina te aclamaran
Los corazones ricos de ternura.

Y si solo el más digno, aquí serena
Calma gozase, sin ningún desvelo,
Ni aun manchara la nube de la pena
La bella lumbre de tu claro cielo.

Más corrompido ya el hombre demente
De oro y poder tras los falaces dones,
El corazón matándose, inclemente
Destruye sus más caras afecciones.

De la sangre los lazos... él lo humilla
Todo, infeliz, de su ambición el carro
Y, con indigno culto, se arrodilla,
Ciego, ante un Dios de quebradizo barro.

Ángel del corazón, á los abrojos
De tu pena consuelo no adivino,
Que ya el hombre, vendándose los ojos,
Recorrer quiere ciego su camino.

Vivir es padecer; tu afán se exhale...
¡Tal es la ley que al mundo tiraniza!
Y tú vales más que él, como más vale,
Que el fango vil, la tierra regadiza.

JAIME PEYRÓ Y DAUDER.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuación.)

El infeliz acababa de penetrar en el horrible camino del crimen. La sangre humeante de su víctima, salpicando en su rostro, le había hecho sentir de repente el exceso de su iniquidad.

La voz secreta de su conciencia le gritaba de una manera tan espantosa como implacable: —¡Desventurado! ¿qué has hecho de tu mejor amigo?

VIII.

La Cabaña.—El tío Geromo.—La Cena.

El ciego, que parecía profundamente conmovido, guardó silencio algunos instantes, y luego continuó de este modo:

—Permitidme que os haga una breve descripción del lamentoso estado á que de pronto

se vió reducido Roman. Durante aquella primera noche de espantosa soledad y angustia, siguió corriendo á través de los árboles y las praderas, creyendo siempre que le perseguía una sombra ensangrentada, que con voz sùbre y pavorosa le gritaba sin cesar: ¡asesino! ¡asesino! ¿á dónde vas á ocultar el anatema del cielo que llevas escrito sobre tu frente?

Su situación fue horrible durante mucho tiempo. De día y de noche, despierto lo mismo que dormido, solía presentarse ante sus espantados ojos la imágen cadavérica de Santiago, que le miraba de una manera implacable, ora enseñándole con una mano los bordes de su herida, ora mostrándole con la otra el cadalso donde el verdugo le estaba esperando lleno de cruel impaciencia.

Su vida, pues, no era más que una serie de continuados tormentos. Mientras esas vertiginosas pesadillas la asaltaban en tropel sin darle un instante de tregua, pensaba también en sus pobres padres y en sus hermanos, que á la sazón verterían sin duda un torrente de lágrimas abrasadoras. ¿Qué sería de Marta y qué del bueno de Pedro Antonio? ¿Les sería posible sobrevivir á tanta confusión, tanta vergüenza y tantos dolores?

En medio de esto, Roman no podía tampoco poner en olvido á Celsa. Pensaba en ella, la quería con más ahínco, y de buena gana hubiera querido volver á su presencia para pedirle perdón, espirando luego á sus piés.

Pero esto era imposible. ¿Cómo arrostrar la cólera de Dios y de los hombres? ¿Cómo volver á su pueblo?

En esta situación, Roman siguió salvando montes y cruzando valles, sin que en el transcurso de tres días tomase más alimento que la escasa ración demandada por él con lágrimas en los ojos á unos pobres pastores.

En la tarde del tercer día sus fuerzas estaban ya totalmente agotadas; el hambre y la sed, unidas á la debilidad de su estado de convaleciente, le habían postrado de tal manera, que apenas se sentía con alientos para continuar su marcha por en medio de un país que le era de todo punto desconocido.

En una palabra: tantas emociones y tanta desdicha, solo podrían tener un término probable: la muerte.

El desdichado sintió el vértigo producido por el alma que lucha en su cárcel estrecha antes de lanzarse á los espacios infinitos, obedeciendo á la voluntad incontrastable de Dios.

Luego sintió el cansancio, la postración que marca para la materia las primeras impresiones de un sueño eterno y sombrío.

Y sin embargo, la naturaleza estaba tranquila y sonriente. Hacia una tarde bella y encantadora; la brisa susurraba entre la espesura, y los pajarillos entonaban con sus arpa-das lenguas dulces y poéticos cantares.

Era el sublime momento de transición en que el sol colora los cielos y en que la tierra le envía melancólicamente un cariñoso adiós antes de verlo desaparecer por unas cuantas horas.

¡Desdichado Roman!

El infeliz había cerrado sus ojos, y viéndose precisado á buscar un apoyo cualquiera, se dejó caer al pié de unos árboles.

Se hallaba en medio de un bosque muy espeso; tan espeso, que apenas podía extenderse la vista para notar si era permitido descubrir á lo lejos alguna humilde cabaña de pastores.

¡Adios esperanzas; adios juventud; adios vida!

De pronto, y á pesar de su inmensa congoja, el infeliz Roman quiso hacer un esfuerzo y trató de incorporarse con objeto de prestar atención.

Parecía haber escuchado la voz de un hombre que se acercaba cantando.

¡Inútiles esfuerzos!

Roman quiso incorporarse, como llevo di-

cho; quiso gritar; trató al menos de levantar sus párpados para ver si aquello era una realidad ó solo una ilusión de su fantasía, y nada pudo conseguir. Decididamente sentía que la vida se le escapaba y que la sangre circulaba lenta y perezosamente por sus venas.

En este trance penoso, su primer pensamiento fue para Pedro Antonio y para Marta; luego pensó en Celsa, pronunció con voz débil este nombre querido, y quedó inerte sobre el verde musgo que había de servirle de sudario y de tumba.

¡Ojalá que hubiera sucedido así; ojalá que Dios no le hubiese devuelto á la vida!

Pero el cielo, sin duda en sus inescrutables designios, le guardaba para nuevas y mas terribles espaciones.

Cuando volvió en sí, hallábase dentro de una cabaña y echado sobre unas pieles de lobo. La luz de un pedazo de tea iluminaba de una manera siniestra el cuadro que sus ojos trataron de examinar.

La morada á donde se le había conducido, mas bien que una choza, era un casuco construido con tierra, piedras y toscos maderos, que estaban ennegrecidos á fuerza de años, ó mas bien á consecuencia del humo de un fogon, que en vez de chimenea solo tenía un ancho agujero por la parte de arriba. El techo estaba formado de pizarras y ramas secas, y el pavimento era casi todo de peña viva. Cerca del fogon ardian unas cuantas astillas.

Un pedazo de tronco servia de mesa y otro mas pequeño desempeñaba el papel de banco y de sillas. En un rincon, y pendientes de una estaca clavada en la pared, veíanse un zurrón, un hacha para partir leña, una piqueta, varias correas y una especie de trabuco toseco y enmohecido. Finalmente, en uno de los ángulos de aquella ruin vivienda, notábase un gran boquete irregular, oscuro y lóbrego, que mas bien parecia la embocadura de una caverna, que la entrada de algun otro departamento adherido al cuerpo principal de la casa.

Pero nada de esto llamó tanto la atención de Roman como el ver la rara y repugnante figura del que debía ser su protector y su huésped. Figuráos un hombre sucio y andrajoso, con un rostro acribillado de profundas cicatrices, con un ojo y medio brazo de menos, que estaba junto á él mostrándole una frente negra y rodeada de cerdosos, largos y enmarañados cabellos; mirándole con la sola pupila que tenia de una manera tenáz y estúpidamente curiosa. Figuraos esto con todos sus detalles, y aun no podreis comprender el espanto que en aquel instante sintió el desdichado hijo de Marta.

Le pareció que despues de muerto le habrían trasladado á un antro infernal; parecióle que era víctima de una pesadilla horrible. Tuvo miedo, en fin, y volvió á cerrar los ojos, arrojando un suspiro.

—Vamos, vamos, cobarde; dijo entonces el



TROPA TURCA.—GENÍZARO.

hombre con voz desapacible y bronca. No tengas miedo ¡voto á Satanás! que si no hubiera sido por mí, de seguro que ni aun los perros comiendo de tu carne, te hubieran sacado los huesos del bosque.

Roman, sacando fuerzas de flaqueza, si bien todavía con los sentidos turbados, trató de levantarse y dijo pasando la mano por su frente:

—¡Dios mio! ¿dónde estoy?

El tuerto lanzó una estrepitosa carcajada y á su vez le preguntó:

—¿Y eso qué te importa, bruto?... Estás en el palacio del tío Geromo el licenciado y nadie te hace mal ni te pregunta los años que tienes. Bárbaro ¿no ves que el tío Geromo te ha sacado del bosque?

—¡Gracias!

—¡Buena comida! yo no quiero gracias ¿entiendes? yo no vivo con monadas sino con monedas. Con que déjate de cumplimiento de plato vacío. Levántate de ahí y vamos á cenar, que estás muerto de hambre. Ya puedes agradecerme el vinillo que te he hecho tragar. ¡Ea! vamos, animalucho, apóyate en este brazo sano y aúpa, que no todo ha de ser holgar y dormir.

Roman comió y bebió con voráz apetito. Una vez terminada su cena, que nada tuvo de suntuosa, el hombrecillo volvió á dirigirle la palabra y le hizo diferentes preguntas. Roman procuró guardar la mayor reserva respecto á cuanto estaba en relacion con su vida y con los antecedentes de su familia.

—Sí, hombre, vamos, ya te entiendo; ¡qué diablos! exclamó el tío Geromo sin dejar de reirse; por lo que veo, eres un zoquete que ha perdido la memoria, ó un tunante mas callado que un muerto. Con que.... pelos á la

mar y á vivir. Mirándolo bien, á mi me importan tres caracoles que seas hijo de Poncio Pilatos. Con tal que seas hombre de pelo en pecho y que me ayudes.... quiero decir, que de este modo no te faltará ni trabajo ni que comer.

Y como viese que Roman permanecía silencioso y meditabundo, le dijo con mal humor.

—Vamos, ¡centellas y rayos! ¿qué es lo que resuelves?

El hijo de Marta sacudió el peso de sus dolorosas meditaciones.

—¿Y que quiere V. que yo haga?

—¡Trabajar! ¿qué diablo? para comer es necesario moverse. Aquí no estamos en Jauja, hijo mio. En primer lugar, te proporcionaré un hacha como aquella, y te iré enseñando á elegir y á cortar las maderas con las que luego haremos duelas para toneles. ¡Qué demontres! no siempre el vino ha de estar en el estómago, y hay que fabricar barriles para encerrarlo. Serás leñador como yo y comerciaremos en duelas.... ¿Entiendes mi querido animal?

—Sí, sí; en estos bosques hay buenas maderas de construcción....

—Y además, óyeme atentamente, muchacho; además de esto ya sabes que

estamos cerca de Francia. De vez en cuando haremos una escursión á ese hermoso país. Entonces verás lo que es bueno; entonces verás como un hombre puede enriquecerse si tiene un poco de cacumen.

Roman escuchaba en efecto con suma atención.

—Vamos, ¿qué decides? volvió á preguntarle Geromo. ¿Te quedas ó te marchas?

—Me quedo, respondió él adoptando una resolución definitiva.

—En este caso, vámonos á acostar.

Y el tullido comenzó á cantar á media voz, interin atrancaba la carcomida puerta de su choza y echaba ceniza sobre la lumbre del fogon:

Vámonos á acostar,
vámonos á dormir;
tú llevarás la manta,
monona mia,
y yo el candil.

—Buenas noches, cuarta; dijo despues apagando la tea.

Y ambos quedaron sumergidos en la mas densa oscuridad.

(Se continuará.)

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.